

# Crónica de una crisis constitucional anunciada: entendiendo la resaca del 2020, mirando al 2024

**José Manuel Martínez Sierra**

Jean Monnet ad personam  
Chair in European Union Law and  
Government y Director del Real Colegio  
Complutense en Harvard

**Los acontecimientos** que han seguido a las elecciones presidenciales del 2020 en EE.UU son, como titulamos, una crónica predicha. En el número 311 de esta revista concluí mi análisis preelectoral afirmando que “ahora lo peor que puede pasar no es la reelección de Trump, lo peor es una crisis constitucional”. Pues bien, ha pasado lo segundo. Para algunos, golpe de Estado, para otros, terrorismo doméstico y para otros, alzamiento patriótico a lo Paul Revere.

Trump supo siempre identificar el poder de la deslegitimación. Años antes de su elección intentó deslegitimar la elección de Barack Hussein Obama. Lideró la campaña contra Obama por la supuesta falta el sufragio pasivo, alegando apócrifamente que no había nacido en EE.UU. La campaña obligó a Obama a hacer público su certificado de nacimiento, pero el odio sembrado fue también abono del Tea Party.

El segundo episodio se produjo durante su campaña en las primarias del partido republicano y en la propia elección presidencial del 2016. Allí atacó la legitimidad de toda la élite política, ya fuera enemiga o amiga. Valga el gran listado de cadáveres políticos que dejó en el partido republicano. La élite del partido ordenó a la base que rechazara a Trump, y la base les rechazó a ellos. Trump les perdonó la vida a cambio de pleitesía.

El tercer momento se produjo con su propia elección. Cuando ganó las elecciones a Hillary Clinton, llevado por su estrategia o incapacidad de aceptar la

derrota, argumentó la existencia de fraude electoral, pues había perdido el voto popular por más de tres millones de votos.

El cuarto momento comenzó a producirse con la larga precampaña electoral. Trump es fácil de leer porque retransmite su estrategia, aquí ponerse la venda antes de la herida a costa del robo electoral por venir. Trump, prácticamente solo provocó el mejor resultado para los republicanos (de 74 millones) y, por desprecio, de los demócratas (81.283.485 votos). A la sazón, convenció a sus votantes de un fraude electoral inminente. La decisión de jugar a la contra del partido demócrata, con relación al coronavirus y al voto por correo o presencial, fue la guinda a la estrategia. Hoy el 68 % de los republicanos se cree el robo electoral (encuesta Reuters/Ipsos, Noviembre 13-17, 2020).

El último momento comienza en la noche electoral. El relato trumpista era sencillo: íbamos ganando la noche electoral pero luego empezaron a aparecer votos por correo, por arte de magia y no por el normal funcionamiento del sistema. Desde este día hasta el asalto al Congreso, se produjeron una serie de acontecimientos en los que Trump disponía y los líderes republicanos callaban o jaleaban. Lo fundamental de esta estrategia era inundar de recursos legales a la administración electoral en los Estados más reñidos, con el objetivo de provocar otro *Gore v. Bush*. El punto álgido de esta estrategia fue el recurso presentado por el Fiscal General del Estado de



Texas, al que se sumaron los fiscales generales de 18 estados, todos republicanos. El asunto consiguió llegar a las puertas del Tribunal Supremo, pero incluso los tres magistrados nombrados por Trump no se alinearon con el atraco constitucional de la débil demanda. Además, 61 de las 62 demandas que Trump presentó ante tribunales, jueces locales y federales fracasaron. Aquí el mandato vitalicio de los Magistrados del Supremo y sus polémicos nombramientos fue clave para esquivar su suicidio.

*El partido republicano, una vez Trump ha perdido las elecciones, solo puede liberarse de él con un impeachment que le inhabilite para ejercer cargos públicos y le impida presentarse como candidato independiente en las elecciones del 2024.*

El segundo pilar de este episodio fue la deslegitimación de todos los medios de comunicación, incluidos los pocos que Trump salvaba históricamente, como la cadena Fox. La News Decision Desk de la cadena Fox resolvió la papeleta al dar la victoria

a Biden en Arizona. Trump no lo perdonó y mandó señales de crear su propia cadena.

Un punto de inflexión en esta huida hacia adelante se produjo tras el recuento de los votos del Colegio Electoral el día 6 de enero. El todopoderoso líder de la mayoría republicana del Senado, Mitch McConnell, realizó la primera concesión a la victoria de Biden. Trump, enojado, centró su furia en el último momento procesal del complejo y arcaico sistema americano: la certificación por parte del Congreso de los votos del Colegio Electoral. Trump no dudó en poner el punto de mira en su hasta entonces fiel y robótico escudero, el Vicepresidente Pence, quien además, era el Presidente del Senado y del proceso. Trump y sus acólitos intentaron presionarle para que diera un triple salto mortal sin red, con delito federal incluido. Al demostrarse que Pence tenía límites a su servilismo, Trump acudió a sus fieles, los convocó a la vuelta de la esquina del Congreso y dirigió su bilis hacia allí. El resto se ha retransmitido *ad nauseum*.

Las imágenes retransmitidas son precisamente la gota que colma el vaso, incluso para algunos republicanos. Aunque las cosas han llegado a un nivel de degeneración importante, la élite estadounidense parece no estar dispuesta a la humillación

internacional del orgullo patriótico. Ser como aquellos países a los que han dado y quitado gobiernos es demasiado, recibir una palmadita en la espalda de ellos por Twitter es simplemente inadmisible. Ver cómo los supremacistas blancos agreden a afroamericanos es distinto a que entren al Congreso, como si fueran a una feria de armas, y te hagan temer por tu vida, como han declarado varios congresistas.

Todos estos acontecimientos han generado una tormenta perfecta que le ha dado a Trump otro récord para la historia, a saber: ser el único presidente que ha sufrido dos *impeachments*, tras el récord de ser el único que ha perdido dos elecciones en voto popular.

Frente al segundo *impeachment*, los incentivos pueden resultar contraintuitivos. Los multimillonarios, particularmente los que controlan los medios y redes sociales, seguirían incrementando sus beneficios con Trump. Sin embargo, su corresponsabilidad en haberle hecho llegar al poder pesa mucho. También ha jugado en contra del ex-presidente su ninguneo a estos líderes de la nueva economía. Pero, nuevamente, el asalto al Capitolio ha tocado la fibra patriótica como nunca. De dejar a Trump campar por las ondas y la red a sus anchas, se ha pasado a censurarlo y vetarlo. Ojo, cuando el país de la libertad de expresión aplaude que unas empresas privadas veten un discurso de su presidente, los cazadores han sido cazados. Trump pasará a la historia por las heridas profundas que ha dejado en la democracia americana, pase lo que pase y cuando pase.

El partido republicano, una vez Trump ha perdido las elecciones, solo puede liberarse de él con un *impeachment* que le inhabilite para ejercer cargos públicos y, por ende, le impida presentarse como candidato independiente en las elecciones del 2024. Aquí está la clave.

Sin embargo, lo que interesa a los demócratas es que Trump siga vivo y coleando, porque ha granjeado los mejores resultados electorales de su historia a uno de los peores candidatos, porque garantizaría esa tensión en caso de ser candidato republicano en el 2024, y de no serlo, porque partiría el partido republicano en dos mitades desiguales a su favor si concurriera como candidato independiente.

La élite del partido demócrata se lanzó al *impeachment* por varios motivos: porque el ala progresista no permitiría la inacción sobre esta cuestión por cálculo políticos; por patriotismo constitucional de la élite demócrata; por la dignidad herida simbolizada en las fotos obscenas de los invasores en el despacho de la Speaker Pelosi.

*La élite del partido demócrata se lanzó al impeachment porque el ala progresista no permitiría la inacción sobre esta cuestión por calculos políticos, por patriotismo constitucional de la élite demócrata y por la dignidad herida, simbolizada en las fotos obscenas de los invasores en el despacho de Pelosi.*

La élite del partido republicano, cuando se cierran estas páginas, sigue deshojando la margarita del interés de partido. Sin disciplina de voto, en la Cámara de Representantes, 197 votaron en contra de enjuiciar a Trump y solamente 10 se unieron a los demócratas (destacando Liz Cheney, hija de Dick armas de destrucción masiva y tercera en la clasificación republicana de la Cámara). Su líder del Senado se negó a adelantar el comienzo del juicio perjudicando por solapamiento las confirmaciones del gobierno, pero también ha evitado jugar la carta de la inconstitucionalidad de un *impeachment* a un expresidente. Aquí conviene recordar que en el país del antecedente hay uno que juega contra Trump, el del *impeachment* al Secretario de la Guerra del Presidente Ulysses S. Grant, un héroe de guerra llamado William Belknap, defenestrado en 1876 por admitir sobornos en el acceso a cargos en sus competencias.

En resumen, y dando a la situación dramática el dramatismo que requiere, llegados a este punto, si el juicio del *impeachment* a Trump no termina con una inhabilitación para ser candidato en 2024, podremos certificar que la democracia en América, para su desgracia y la nuestra seguirá teniendo demasiados planetas girando entorno a Trump, en el Capitolio, en las ondas y en las calles. **TEMAS**